

Tesgüinada en las montañas

*Estos mismos yndios son veleidosos, inconstantes y tan cambiantes como la luna. Son malagradecidos, obtusos y estúpidos, pues no les alcanzan las mientes para comprender los sermones y tienen muy poca experiencia en aquéllo que es bueno y de cristiano vivir. Son astutos y alertas para las cosas del demonio y prefieren morar en sus cubiles entre los cañones y barrancos sin consideración ninguna por las fatigas de su padre misionero.**

ANOCECE. *Ráyenari*, el Sol, teñido de un rojo sangre se oculta detrás de los pinos que se yerguen al borde de los riscos y peñascos desafiando toda lógica en un nuevo y fantástico sentido del equilibrio. Abajo, muy abajo, el rugido del torrente que se retuerce y acomete la dureza de la toba volcánica para tallar los cañones y barrancas que en un alarde de grandeza insolente configuran el país de los que corren veloces: la tierra donde los hombres danzan el *yúmari* para impedir que el mundo se desgaje derrumbándose en pedazos informes.

Arriba el aroma de la leña de madroño que alimenta la fogata se mezcla con los otros olores: el polvo, el sudor, el maíz fermentado, el humo del tabaco oscuro... El sabor del aire, húmedo y frío, se confunde con el gusto fuerte y picante del *batári*: el tesgüino que pasa de mano en mano recorriendo el círculo de los hombres que terminaron la jornada de trabajo, hombro con hombro, para levantar la cosecha del vecino que este día los requirió y que ahora agradece su ayuda al ofrecer la tesgüinada de trabajo.

El viento trae, en soplos suaves e intermitentes, fragmentos de la cháchara de las mujeres que un poco hacia la izquierda, al abrigo de la pared que limita la casa por el sur, tortean la pasta de maíz tierno para extender la *barirárurumi* o tortilla del tamaño del comal:

—*Sekorí basiáwati nabétsama.*

—*Échi regá ga'rá júku.*

—*Má gi'rire.*

—*Ayéna*

—Voy a untar la olla con trigo guillo.

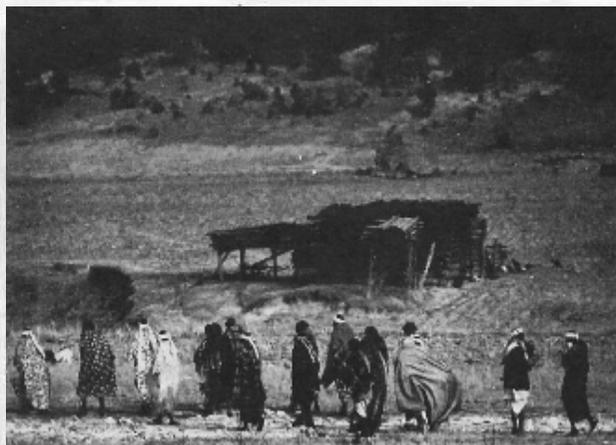
—De ese modo está bien hecho.

—Ya paró de llover.

—Sí.

Frases que se antojan inconexas, salpicadas de risas que salen de aquí y de allá; y de miradas furtivas que se desvían tímidas aunque no totalmente desprovistas de coquetería, al ser devueltas por los rostros pétreos y recios de los jóvenes galanes que no hace mucho se han integrado al áspero mundo de los hombres.

Fuerte, viril, sonriente el *siriame*, en su calidad de gobernador, inicia el baile al son de los *rabéri*, esos violines introducidos en su cultura por los españoles durante los siglos XVII y XVIII. Uno a uno los hombres se levantan y comienzan a patear el suelo y a seguir el ritmo de la música. Las manos se balancean. La danza se ejecuta de la cintura hacia abajo. Tronco, brazos y cabeza sirven de comparsas a las piernas, que dan el nombre a todo cuanto les importa: *jarámuri!*, que igualmente



significa los hombres, la gente, los que corren raudos: los tarahumares.

La tesgüinada está en tan íntima relación con todo lo que atañe a los tarahumares, que es posible afirmar que nada ni nadie escapa a su influjo, ni la vida ni la muerte. Sólo a partir de ella puede explicarse la cultura tarahumara.

Tesgüinada. La reunión de trago. El momento en que al calor del fuego se juntan los *jarámuri* para beber el tesgüino o *batári*: el licor de maíz germinado y fermentado que desempeña un papel tan importante dentro de su organización social: actúa como fuerza unificadora, como válvula que libera tensiones y pasiones, como catarsis, como expresión política y religiosa, económica y recreativa... En fin, como epítome de toda una cultura.

El tesgüino emborracha. La tesgüinada termina cuando se consumió hasta la última gota de los dos o trescientos litros que, en enormes ollas destinadas al efecto, almacenaron las mujeres después de prepararlos cuidadosamente a lo largo de varios días. Fueron ellas quienes seleccionaron los granos de las mejores mazorcas, los extendieron en el suelo sobre costales de ixtle vacíos y luego de cubrirlos con otros iguales, pasaron muchas horas mojándolos constantemente hasta que las semillas reventaron al iniciarse la germinación. Después las machacaron y las pusieron a hervir en grandes recipientes día y noche hasta que hubo fermentado con la ayuda de las hojas de *roninowa* o hierba del piquete que en algún momento echaron en el cocimiento, para finalmente vaciarlo en las grandes *sekoriki*, las ollas de barro cuya capacidad se mide en hectolitros.

El tesgüino como tal, aislado de su contexto social, resulta decepcionante: una bebida que insume cantidades ingentes de maíz; de un contenido alcohólico ridículamente bajo —de tres a cinco grados Gay-Lussac—, que ni siquiera puede envasarse ya que debe consumirse en un lapso no menor de doce horas desde que es vaciado en las ollas, porque todavía no está en su punto, y no mayor de veinticuatro porque se echa a perder. Su sabor y su aroma, así como su aspecto lechoso no valen gran cosa y no parece justificar los diez días de trabajo agotador

* Padre Juan Ysidro Fernández de Abec, S.J., Mexican manuscripts, mm 1716, núm. 21, *Anua de la Misión de Jesús de Carichic de 1744*, Bancroft Library, University of California en Berkeley

que en promedio exige su preparación. Entonces, ¿qué chiste tiene?, ¿para qué sacrificar el precioso maíz que tantas angustias y sudores ha costado arrancar a ese terreno pedregoso, imponente y magnífico aunque inhóspito?

Estas interrogantes planteadas así, de manera superficial y obtusa, no nos llevan a ningún lado. Es dentro de la cultura tarahumara, dentro del tesgüino y a partir de la tesgüinada desde donde uno puede acercarse a este pueblo singular y tratar de comprenderlo.

El origen del tesgüino es incierto. Los primeros reportes de los españoles, que datan de 1609, ya lo mencionan. Los tarahumares lo llaman *batári* si los granos provienen de una planta de maíz plenamente desarrollada, y *sugiki* cuando los elotes son de una espiga joven.

Como quiera que sea, su importancia es tal que los tarahumares le atribuyen una procedencia divina. En efecto, fue *Onoriúame*, el padre —tata *Rióshi* en su moderna versión sincretizada a partir de la cristianización hispana— quien les enseñó a preparar la bebida y a disfrutar de ella.

AL AMANECER, cuando *Re'sópuri*, la Estrella de la Mañana aún se ve, aunque atenuada por el sol que asoma ya detrás del horizonte, los tarahumares se levantan lentamente, casi con desgana, y abandonan los lugares que ocuparon durante la noche. Las fogatas, mortecinas, todavía humean débiles. Unos cuantos se ajustan las *gimaka*, gruesas cobijas de lana cruda, aprietan el brazo derecho contra el cuerpo para aprisionar los bastos pliegues en el hueco de la axila y poco a poco, en parejas o en grupos pequeños, se acercan a las tres cruces plantadas en el patio del frente de la casa. Al pie de la más alta, dedicada a *Onoriúame*, deidad vestida con un lienzo de manta blanca y algunos collares de cuentas de madera y semillas, se ven, aún desdibujados por la penumbra, la *gomákari* o pelota de los corredores, el agua que deberán beber, la *sáwara* o sonaja ceremonial y una olla de tesgüino. Objetos, todos, importantísimos en un suceso tan relevante: la *rarajipari* o carrera de pelota que comenzará pocas horas después, cuando se haya llevado a cabo la ceremonia propiciatoria y se ulminen los detalles finales.

Solemne, el *o'wirúame* o curandero se dispone a comenzar el rito. Sin mirar al círculo de tarahumares que se ha formado alrededor, se inclina para tomar la sonaja con la mano derecha. Junto a él, el dueño de la casa no pierde detalle. El *o'wirúame* ahúma la cruz con un poco de copal. Después agita la sonaja. El dueño de la casa también la hace sonar y juntos entonan el cántico de la cola de *kiyótsi*, la zorra; y el del *yúmari*, una de las danzas sagradas. Luego caminan alrededor de la cruz: co-



mienzan por el lado derecho y se detienen en cada punto cardinal para girar sobre sí mismos, esta vez hacia la izquierda. Al completar el circuito el *o'wirúame* bebe del tesgüino antes de invitar a su compañero, quien hace lo mismo. El rítmico golpeteo de una baqueta sobre el tambor acompaña a uno de los presentes, mientras ondea la *basyóni* o bandera ceremonial. Con un vigoroso impulso del empeine, un corredor lanza la bola que se pierde entre los pinos, más allá de la vivienda.

Terminada la ceremonia, el *o'wirúame* exhorta a los jóvenes campeones, luego de hacerles beber tres sorbos de agua, a competir con ánimo y respetar las reglas. Los corredores se miden con la mirada mientras toman una infusión de *awari*, el cedro, para fortalecerse.

Rayénari, el Sol, está ya alto en el cielo. Los tarahumares siguen concertando apuestas. Los *cho'kéame* u organizadores de la carrera, emparejan las posturas de los partidarios de sus respectivos equipos. Entre ambos grupos crece el acopio de bienes que han quedado comprometidos: piezas de tela, flechas, arcos, una pistola, algunos cuchillos, pastillas de jabón, sal, y hasta algunas cabras y borregos. Los tarahumares se congregan en pequeños grupos, en espera del momento en que ha de iniciarse la competencia.

—¿Piri uché girare ma?

—¿Qué más apostaste?

—*Batirishia we saké nasaya.*

—Patricio apuesta en contra.

—¿Piri ché mu sakema orá?

—¿Qué vas a apostar?

—¿Eruká cho'kéame ká rara-jiparu?

—¿Quién arregló esta carrera?

Un poco atrás del claro que se ha convertido en *sakéchi* o lugar donde se apuesta, las mujeres vigilan a sus hijos pequeños mientras parlotean alegremente y comentan las últimas novedades del lugar.

Ha pasado el mediodía, la carrera está a punto de comenzar. Los *cho'kéame* de cada equipo se acercan, llevan a sus corredores ante la concurrencia luego de interrogarlos para asegurarse de que se han abstenido de mujer y tesgüino durante los tres días anteriores. Recios, seguros, altivos, los competidores



Tarahumara

Carrera en Bastigochi

toman sus lugares. Un silencio denso y expectante precede al arranque de los equipos.

El *siriame* se adelanta con paso digno. Su mirada clara está cargada de sabiduría, esa sabiduría que emana de los hombres que conocen la vida, y que falta en los que dicen conocerla. Con voz potente da principio al *nawésari* o discurso:

—*A ne nawésema ra' ru.*

—Sí, les dirigiré la palabra.

Conjura a los contendientes a cumplir las reglas, a no tocar la bola con las manos, a competir con honor. Les recuerda la importancia de esta carrera para terminar con las palabras tradicionales:

—*Echurú ne nawésema.*

—Esto nomás les digo.

Los corredores dejan caer al suelo sus gruesas mantas de lana. La señal ha sido dada: los dos *cho'kéame* arrojan sendas pelotas a sus equipos con un vigoroso giro de los brazos que contrasta con su aspecto de viejos venerables. Uno y otro bandos arrancan con la rapidez del rayo, precedidos por los dos abanderados.

No ha pasado mucho tiempo y ya se escuchan hacia la derecha los gritos y el cascabeleo de los cinturones con sonajas que ciñen las caderas de los competidores. Ya se ven las banderas; aquí y allá se oyen las exclamaciones de los espectadores:

—*¡Má nijsipare!*

—*¡Wériga!, ¡wériga!, ¡we má!*

—*¡Muribé ¡dbaga, temásiri sinéame!*

—*¡Ya lo alcanzó!*

—*¡Ándale!, ¡ándale!, ¡corre!*

—*¡Pónganse más cerca, muchachos, todos!*

Mientras los abanderados abandonan la carrera, se retira una de las quince piedras puestas en hilera sobre el punto de llegada: se ha completado el primer circuito de la *rarajipame bowe-ráka*, la pista donde los jóvenes *rarámuri* miden la fuerza y la destreza de sus piernas. Los dos grupos forman una masa compacta, ¿quién será el ganador? Aún es pronto para decirlo; el equipo de *Ko 'yáchi*, la ranchería retadora, tiene muchos partidarios, aunque el bando rival, que proviene del pueblo cercano de *Kusiwiríachi*, también recibe numerosas aclamaciones. El resultado es imprevisible en estos momentos: quedan catorce vueltas por recorrer.

HA CAÍDO LA NOCHE y todavía quedan tres piedras en la meta. Unos cuantos corredores abandonan la pista para aproximarse con paso inseguro a los circunstantes y beben un trago de agua antes de dejarse caer exhaustos sobre la hierba. Han competido con brío, pero la prueba resulta demasiado dura. De todas maneras sus equipos no han perdido la posibilidad de vencer.

Aquí y allá se ven brillar las antorchas que algunos porteadores enarbolan para alumbrar el terreno que recorren los que no han desistido. La carrera está a punto de terminar: se ha quitado la décimoquinta piedra, lo que indica que se corre la última vuelta. La excitación crece, los próximos minutos son decisivos.

Ya se acercan, el griterío aumenta. Las dos pelotas de madera caen junto a uno de los ancianos y casi al mismo tiempo un sudoroso y empolvado corredor irrumpe en el claro, seguido muy de cerca por los otros. ¿Quién es? Está oscuro y sus rasgos no se distinguen bien. Ahora se ve, sí, es *Rojéripo*, el de *Kusiwiríachi*, que recibe las aclamaciones de los concurrentes. ¡La carrera ha terminado!

Los corredores se desperdigán; alguno se sienta debajo de aquel pino para frotarse las piernas engarrotadas; otro hace lo mismo sentado en el suelo, con la espalda apoyada en esta roca. Sus caras cansadas muestran una semisonrisa; sólo uno ha podido llegar a la cabeza, pero ellos no se sienten despechados: corrieron bien y al hacerlo dieron lo mejor de sí mismos. Hoy no ganaron pero la próxima vez lo harán.

Sin hacer más caso de los atletas, el público se dispersa: unos se dirigen a sus casas mientras que los partidarios del bando ganador se apresuran a recoger sus ganancias.

Rájéríka, el *cho'kéame* de *Kusiwiríachi* ya levanta dos piezas de tela atadas entre sí y llama por su nombre a *Shibiríko*, que se acerca a recogerlas. Le sigue *Pegro*, que ha ganado un hacha y dos pastillas de jabón. Un poco más allá, *Rábríka* escucha su nombre y acude con una amplia sonrisa a tomar las flechas y los tres ovillos de lana que le corresponden. Sigue *Ménshio*, quien se levanta pausadamente al oírse nombrado. . .

Allá lejos, hacia la izquierda, se escuchan apagadas las risas alrededor de las ollas de tesguino que uno de los vecinos reparte a los contertulios sentados al amor del fuego que ilumina el patio de su *gunogoríki*, o casa de troncos.

HA DEJADO DE NEVAR. El suelo aparece cubierto de una blancura uniforme que borra las irregularidades del terreno montañoso y provoca una sensación de irrealidad en quien

ESG. NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HIS.

BIBLIOTECA
PUBLICACIONES PERIODICAS





observa la explosión de luz cada vez que entreabre los ojos lastimados por el brillo intenso de la nieve.

Envuelto en su gruesa manta de lana oscura, el tarahumar que camina con andar ligero a pesar de lo blando del piso, pone una nota discordante al destacar con nitidez en el paisaje helado. No es distinto de la mayoría de los *rarámuri*: alto y delgado, los músculos de las piernas vibran y se dibujan con cada movimiento. Bajo la *koyéra* o banda para sujetar los cabellos, la frente amplia y despejada termina en dos finas cejas que enmarcan los ojos oscuros y un poco rasgados. La nariz levemente aguileña se abre a dos fosas anchas que sombrean los labios gruesos. Unas pequeñas arrugas en la sien indican el sutil fruncimiento de los párpados, característico de los tarahumares adultos.

El crujir de la nieve a cada paso que da, sirve de contrapunto a su respiración acompasada y tranquila. Un tenue rastro de humo en el aire le indica que está cerca. En efecto, detrás de los cedros y encinos que limitan la explanada se distingue vagamente la estructura maciza de una vivienda de troncos. Los golpes rítmicos de un hacha invisible le dicen que el dueño del lugar está detrás de la casa, y hacia allá se dirige dando un rodeo.

El tarahumar más joven interrumpe su labor al ver que el otro se aproxima. Ambos se saludan al tiempo de tocarse las yemas de los dedos de la mano derecha:

—*Riöshi kwíra ba.*
—*Kwíra ba.*

—Dios te ayude.
—Te ayude.

Conversan tranquilamente. Hablan del frío, de la *tesgüinada* a la que asistieron hace un mes, de los últimos eventos de la Sierra, del hijo que *Ronchíko*, el *siriame*, tuvo la semana pasada y del *wikubériame*, el sahumero ritual con humo de *táscate* o *awari* que ofició el *o'wirúame* del lugar para proteger al niño contra todo maleficio futuro. Por último, charlan acerca de las cosechas que no han sido muy buenas debido a las heladas que este año se adelantaron. Al fin, el visitante juzga oportuno plantear el asunto que le ha traído:

—*Pe ta ne suuníku kórima orae.*

—Iba a pedirte un poco de maíz regalado.

Su interlocutor asiente con gravedad. Coloca el hacha sobre su hombro y juntos se dirigen hacia el *rekóachi*, la troje o granero en la que los tarahumares almacenan, no sólo el maíz, sino sus objetos más preciados: un rifle o una escopeta, bolas de hilo de lana, sal, arcos, flechas, cuchillos, hachas, frijol, jabón. Abre la puertecilla mediante un ingenioso mecanismo de madera y se introduce palpando los objetos que lo rodean, mientras

sus ojos, casi deslumbrados por el resplandor de la nieve, se acostumbran a la penumbra. Extiende la mano y toma varios puñados de maíz; los echa en la bolsa de manta que el otro sostiene abierta y que ha traído con esa finalidad, doblada sobre el hombro.

Cuando el donador juzga que la cantidad de grano es suficiente, sale de la troje y la cierra cuidadosamente. Inspecciona las juntas de la puerta para cerciorarse de que no haya ninguna rendija. Una vez satisfecho, se vuelve hacia el huésped y lo acompaña un corto trecho. Se despiden tocándose levemente las puntas de los dedos:

—*Matétera ba.*

—Muchas gracias.

—*Matétera chó pa.*

—De nada.

Con su bolsa de maíz a la espalda, el tarahumar emprende el regreso a casa. Esperaba llegar antes de que cayera la noche y es evidente que no podrá. Por suerte *Mechá Ochérosiachi*, la Luna Llena, alumbró el camino al reverberar sobre la nieve.

El hombre va contento, el cereal que ha recibido durará lo suficiente para que su familia no pase hambre durante las próximas semanas. El *kórima* lo ha salvado.

El *kórima*. La institución típicamente tarahumara; el derecho del que tiene menos a recibir de quien tiene más. Esta donación plantea un mecanismo social muy singular. No es un préstamo, es un regalo. Tampoco es una limosna como la que se acostumbra en algunos sectores de la población blanca. En términos generales, la limosna crea una situación humillante para quien la recibe, lo que no sucede con los tarahumares que recurren al donativo bajo el concepto de *kórima*. Este derecho, del que rara vez se abusa, tiene dos consecuencias fundamentales: impide la acumulación de la riqueza por unos pocos—si “riqueza” fuera un término aplicable a los tarahumares— a cambio de prestigio; y asegura la supervivencia de los menos afortunados.

Igual que en la *tesgüinada*, el *kórima* propicia una mayor cohesión entre los habitantes de una región determinada, aunque de otra manera, puesto que en el caso de la primera, la interacción se da a un nivel menos formal, dentro de un ambiente de diversión y relajamiento. La relación entre peticionario y donador, en cambio, es siempre bajo la férula del hambre o del frío, ya que el regalo puede consistir en prendas de vestir o herramientas, y no únicamente en alimentos. Y es evidente que la necesidad de no morir reviste las cosas de una seriedad bastante mayor que la de pasarla bien departiendo con los vecinos alrededor de una fogata.

Otro factor que hay que tomar en cuenta para entender el *kórima* es que la inseguridad de obtener buenas cosechas existe para todos, máxime cuando se trata de sembradíos de temporal realizados con técnicas de cultivo que, si bien son ingeniosas y funcionan en el medio ambiente tarahumar, no dejan de ser primitivas. Esto implica siempre la posibilidad de que los papeles se inviertan: el que hoy está en buena posición puede estar mañana en la indigencia.

CAE LA TARDE. Los tarahumares comienzan a llegar y se congregan en el patio rectangular, frente a la casa, después de

tocarse el hombro y los dedos de la mano derecha en señal de saludo. Han sido invitados por los parientes del *chérame románi*, el anciano que murió el otro día, para que participen en la ceremonia que comenzará dentro de unas horas: la raspa del *jikuri* o peyote que, en esta ocasión, se celebra para subir al cielo el ánimo del difunto.

Las conversaciones casi en susurros confieren al ambiente un aire peculiar. Se palpa el misterio de la muerte. En un momento dado, el hijo mayor del finado ofrece a los concurrentes tres *wéja* o jícaras de tesgüino. La ceremonia preliminar puede iniciarse.

Comienza el *yúmari* al son de los violines. La nieve —pues es invierno— desaparece triturada por los pies de los danzantes, que golpetean el suelo rítmicamente. La cantinela ininteligible del conductor de la danza flota sobre el grupo de bailarines.

Rayénari, el Sol, se ha ocultado. El *si'páame* o raspador del peyote dirige entonces el ritual *nutékima* para ayudar al alma del viejo en su jornada a *Rewegáchi*, la región celeste.

Mechá, la Luna, está ya alta. Debe de ser cerca de la media noche. El *si'páame* inicia la caminata hacia el río, aproximadamente a medio kilómetro hacia el sur. Cerca del torrente, se ha preparado el patio circular en el que este oscuro ritual, mantenido en secreto durante siglos, ha de llevarse a cabo.

Los tarahumares lo arreglaron hace más de una semana: primero, desbrozaron un amplio claro, arrancaron las malezas, aplanaron el piso y quitaron las piedras. Después, colocaron sobre el suelo un enorme madero toscamente desbastado y frente a él, al oriente, plantaron la cruz. Un poco a la izquierda clavaron en el suelo los dos arbolitos despojados de todas sus ramas, excepto dos que se proyectan a los lados y semejan sendas cruces. Casi en el centro del patio, al poniente, amontonaron la leña que se quemará más tarde.

Ahora que se aproxima el momento terminan los preparativos.

Los ayudantes acomodan el espejo al pie de la cruz y lo orientan hacia el centro, de cara a la fogata que se encenderá dentro de poco. Ponen un cuchillo cerca de la cruz, a la izquierda, y cuelgan las ofrendas en las ramas transversales de



los dos arbolitos: la carne de los animales recién sacrificados, en el más cercano, y el *sonorá*, es decir la tráquea, el corazón y los pulmones, en el otro.

Las ollas que contienen el *tónari* o carne sin sal, cocida en agua y el *méke*, esa bebida preparada a partir de un agave medicinal, y por supuesto el insustituible tesgüino, están a la derecha, un poco al oriente del agujero para el peyote, junto al cual se ven el palo raspador, la jícara y el metate (que debe ser nuevo), así como la olla con agua, muy importante porque el *jikuri* provoca mucha sed.

Junto a la cruz han colocado los objetos personales del muerto.

Empieza el rito. La hoguera se enciende y los invitados al círculo, que en esta ocasión son diez, se sientan en el tablón de cara al fuego, el *si'páame* en el centro. Frente a cada uno, en el suelo, hay un pequeño agujero en el que escupirán después de comer el cacto sagrado. Los ayudantes presentan al *si'páame* sus instrumentos ceremoniales.

Solemne, el oficiante coloca una jícara o batea invertida en el piso, de manera que cubra el agujero. Sujeta contra la tierra la vara ceremonial labrada con muescas transversales, uno de sus extremos apoyado sobre la batea, y mientras frota un palo pequeño contra la superficie de la madera tallada, entona el canto secreto.

Cuando termina, los participantes expresan su agradecimiento con la fórmula tradicional, *matétera ba*.

El *si'páame* repite dos veces el canto y el raspado de la vara antes del primer reparto de tesgüino; los ayudantes vierten un poco del licor sobre los utensilios.

Más tarde, dan el *jikuri* al *si'páame*, luego de ofrecerlo ante la cruz. Él lo toma con reverencia y lo encierra en un *ébori* o canasto con tapa antes de ponerlo bajo la jícara invertida. Reinicia los cantos y el raspado, acciones que sólo se interrumpen para que todos beban tesgüino. En un momento dado, los tarahumares comienzan a bailar entre la lumbre y la cruz.

AMANECE. La ceremonia se acerca a su fin al llegar el momento culminante: dos mujeres se arrodillan junto al metate



Músicos (*Nararáchi*)

Sacrificio de un chivo (*Tehuérichi*)

una muela el peyote mientras la otra echa un poco de agua sobre el polvillo que se forma y recoge el producto en un recipiente. Lo entrega luego al *si'páame* para que lo reparta entre los concurrentes. Cada uno bebe de rodillas, según su turno, después de persignarse, y toma tres sorbos de agua. El *si'páame* ingiere el peyote en último lugar.

La parte central del rito ha terminado, pero falta aún la purificación. Los tarahumares han sido tocados por el *jíkuri* y no es cosa de tomarlo a la ligera, pues se trata de un espíritu poderoso y hay que tratarlo con cuidado si no se quiere despertar su ira.



Las jícaras y el metate han de ser enterrados. Los tarahumares corren al río y se sumergen brevemente en el agua clara y fría. Regresan en el momento en que *Rayénari*, el Sol, surge de las montañas.

La carne de las ofrendas se reparte después de esconder los arbolitos que la sostenían, así como la cruz. Es tiempo de comer el *tónari* y de consumir el resto del tesguino.

El *jíkuri* es el cacto sagrado. Es el péyotl de los aztecas y el peyote de los españoles. Figura oculta y misteriosa, benévola pero irascible y caprichosa. Si descarga su furia es fatal para el infortunado. Los tarahumares lo consideran hermano menor de *Onoriame*, el padre.

Los documentos que hablan sobre el peyote son oscuros, e incluso contradictorios; sus descripciones varían, son inexactas e incompletas. No es fácil investigarlo porque los *rarámuri* —como en muchos otros aspectos de su cultura— se muestran

reservados y aun hostiles ante quienes pretenden averiguar sobre el *jíkuri*.

También es poco lo que se conoce sobre sus efectos. Sin embargo, se cree que no son muy fuertes. En general, existe acuerdo entre los antropólogos, médicos y biólogos que se han adentrado en la Tarahumara, en el sentido de que tales efectos son muy leves en vista de la cantidad de tesguino que lo acompaña.

Los efectos son más psicológicos que físicos. Los tarahumares consumen el peyote única y exclusivamente en ceremonias como la descrita. El culto se rodea de un secreto y un misterio tan grandes, que quien participa del ritual se sugestiona con facilidad. El ambiente, la duración de la ceremonia —doce y quince horas o más— y la ingestión misma del tesguino, embotan los sentidos; el participante se encuentra inmerso en una atmósfera tan especial que realmente *siente* lo que supone que debe sentir.

El peyote se emplea para subir almas al cielo. En este sentido, su efectividad es incuestionable por su propia imposibilidad de ser demostrada. Se usa también para curar. Uno de los postulados capitales de la medicina psicosomática es el poder curativo de la mente. Si el enfermo sana, se debe al *jíkuri*. Si muere, siempre existe el recurso de decir que había incurrido en faltas tan graves, que el *jíkuri* lo mató.

LAS SOMBRAS SE ALARGAN. Los tarahumares deliberan desde hace varias horas. El *siriame*, sentado en medio de las autoridades menores del pueblo, aguarda. Desde temprano, los *rarámuri* se reunieron en el *komeráchi* o lugar de la comunidad, aunque hoy no es domingo. El propio *siriame* los convocó. En su calidad de gobernador envió a los *sontárushi*, esos mensajeros que, desde la época de la Colonia, reciben el nombre de “soldados”, término extranjero que los indios transformaron en *sontárushi*. Ellos recorrieron enormes distancias, de casa en casa y de ranchería en ranchería. En toda vivienda repitieron la consigna, luego de los saludos de cortesía.

—*Ayéna siriame anire mapu we bayéroma sinéame rétéwi umugima.*

—Dijo el *siriame* que fuéramos a llamar a todos los hombres y mujeres.

Aclaran que la reunión deberá efectuarse a los tres días. Todos asienten serios y después se ponen en camino. Suben y bajan las barrancas. Unos salen antes que otros, ya que hay que tomar en cuenta las distancias —medidas en horas-viaje—, y por uno u otro rumbo, todos acuden a la cita.

El *siriame* les dijo que las malas cosechas se deben a que *Onoriame*, el padre, está enojado porque los tarahumares no han bailado *yumari*, la danza sagrada que fue enseñada por el venado —*cho'mori*— a los antepasados. Las lluvias en consecuencia fueron escasas, las cosechas se agostaron y se obtuvo muy poco maíz. Ahora la sombra del hambre se cierne amenazadora sobre la Tarahumara, y, por si esto fuera poco, terribles calamidades caerán sobre la gente:

—*O'wirúame lá o'pésuka su-wibapu rúa.*

—Dice el *o'wirúame* que moriremos vomitando sangre.

Así lo ha declarado el propio *o'wirúame* que, como curandero, tiene además poderes de clarividencia. En efecto, un niño



se le apareció en sueños para decirle que los tarahumares deben bailar el *yúmarí* y ofrecer tres cabras jóvenes. De este modo se evitará el desastre y las milpas crecerán sanas y abundantes, porque *Onoriúame*, el padre, estará contento de nuevo.

Por fin, se logra el consenso: la celebración se llevará a cabo dentro de dos semanas. Como se trata de un *yúmarí napabuy*, es decir solemne, el *siriame* designa a *Kalówisi* y a *Marselao*, dos prominentes vecinos que ostentan cargos de cierta importancia, para que le ayuden con los preparativos.

Los días que siguen están plenos de actividad: las mujeres preparan el *tesgüino*, hacen tortillas y barren el *awírachi*, el patio rectangular donde ha de realizarse la danza deprecatória.

Los hombres traen a los animales y los ponen a buen recaudo. También cortan la leña, la acarrean y la acomodan en un lugar conveniente, cerca de las tres cruces que se levantan a metro y medio de altura en el extremo oriental del patio. Representan a *Onoriúame*, al *Shukristo* (Jesucristo) y al espíritu; notable sincretismo de la trinidad cristiana con *Mechá Onoriúame*, el padre Luna, *Rayénari Eyeriame*, la madre Sol y *Réresópuri*, el Lucero de la Mañana.

Poco antes de la ceremonia, al pie de las cruces, se instala el altar, que en este caso consiste en un tablón cubierto con una gruesa *gimaka* o cobija de lana; sobre él se acomodarán las ofrendas.

Algunas mujeres ponen sendas piezas de manta blanca sobre los brazos de las cruces y les cuelgan collares de semillas, chaquiras y cuentas de madera.

Es la víspera del día fijado para el *yúmarí*. Los tarahumares se reúnen poco después del mediodía. Pasean por el patio y conversan mientras esperan la llegada del crepúsculo.

El ciclo, al oriente, se enrojece. Es el momento del sacrificio. El *siriame* ordena que los animales sean llevados cerca de las cruces y que se les mate. Los hombres ponen a las cabras muer-

tas en el suelo, de modo que a su vez formen otra cruz, y las degüellan. Recogen la sangre en una olla, cuidando que no se derrame una gota.

El *o'wiríame* se acerca solemne. Toma un poco de la sangre en una jícara y arroja parte de ella a los cuatro rumbos.

Los ayudantes destazan a los animales, luego de desollarlos, y retiran el *sonorá*, es decir el corazón y el aparato respiratorio. Los colocan en una enorme olla y las mujeres los ponen a cocer. En un recipiente más pequeño cuecen la sangre. Con el resto de la carne hacen el *tónari*: toman un tambo cortado por el medio en sentido transversal y en él la hierven sin sal, durante toda la noche.

Rayénari, el Sol, ha desaparecido. El *siriame* ofrece la sonaja al *wikaráame* o cantor del *yúmarí*. Éste la toma con la mano derecha y se dirige hacia el altar. La agita y se persigna con ella. Da tres giros en torno a las cruces: primero al Este, luego al Oeste, después al Norte y por último al Sur. En cada uno hace sonar el instrumento.



De nuevo en el punto de partida, inicia el canto y la danza sin dejar de agitar la *sáwara* o sonaja. Se desplaza de Oriente a Poniente, las cruces en medio. Da media vuelta y regresa.

Los hombres se incorporan a la danza alineados a la izquierda del *wikaráame*, el único que canta. Las mujeres, que forman la fila de la derecha, se retrasan cinco o seis pasos para situarse a la misma altura cuando giran sobre sí mismas al final del patio.

Es noche cerrada y la danza ha cambiado. Ahora se ven dos ruedas concéntricas que giran velozmente. Los hombres en el interior con el *wikaráame* a la cabeza; las mujeres, afuera, corren en sentido contrario. En un momento dado, la evolución del

Mujer cocinando (Tehuerichi)

Mujer preparando tesgüino (Tehuerichi)

baile se invierte al formar las mujeres el círculo interno y avanzar en dirección opuesta.

Una tenue claridad se insinúa sobre las montañas de levante. El *wikaráame* se detiene, y termina la danza.

Los ayudantes presentan las ofrendas a las cruces. Un hombre levanta las manos sosteniendo el *tónari*, y luego de persignarse, arroja un poco a cada cruz, primero al Oriente, después al Oeste, luego al Norte y al Sur. Termina colocando la ofrenda sobre el altar, a la izquierda. El *wikaráame* agita la sonaja con cada movimiento del oferente.

Otro hombre se adelanta con el *lámari*, la sangre cocida, y la ofrece de manera idéntica, para terminar depositándola en el extremo derecho del ara.

Los demás, se adelantan con sus respectivas ofrendas: uno con el tesgüino, aquél trae el *sonorá*, otro presenta las tortillas y el de más allá deposita la infusión medicinal hecha a base de *wasárowa* o palo hediondo, llamado también palo mulato.

El *wikaráame* reinicia la danza, aunque ahora por un tiempo corto. Al terminar se vuelve hacia el *siriame*, que se adelanta y habla a los presentes.

—*Pe tamu ka ichirúame kame ko ba; petsa ta abói a'wiyáame kame ko ba.*

—Nosotros hemos sido sembrados; no nacemos nosotros por nuestra propia virtud.

Continúa su discurso manifestando que ahora los tarahumares han dado de comer a *Onoriame*, el padre, quien los creó —sembró— y que ahora *Onoriame* está contento, pues los tarahumares han bailado *yúmari*. El padre está satisfecho y el



peligro de la terrible catástrofe no existe más. En efecto, *Onoriame* se ha comido el *iwigá*, espíritu, de las ofrendas y ha conjurado la amenaza. Las cosechas serán mejores y los *rarámuri* no pasarán hambres ni penurias. Por último, exhorta a los presentes a observar una conducta digna.

Termina de hablar y los circunstantes se aprestan a cumplir con la ceremonia de curación. El *wikaráame* toma de nuevo la conducción del baile. Los hombres dan tres vueltas a las cruces: comienzan el circuito por el lado derecho y forman una línea a la izquierda. Simultáneamente las mujeres hacen lo propio en sentido inverso, de manera que se sitúan a la derecha. Las filas comienzan unos metros al frente del altar.

El *o'wirúame* avanza lentamente. Toma la olla que contiene el *wasárowa* y la ofrece a las cruces dando tres vueltas en el sentido en que se mueve el Sol: Este, Norte, Oeste, Sur. Se santigua y bebe tres cucharadas del líquido. Se acerca a la fila de los hombres y da a beber a cada uno tres cucharadas. Toma después la olla de tesgüino y unta un poco a cada hombre en la frente, el pecho, los hombros y la nuca. Mientras lo hace pronuncia la fórmula ritual:

—*Kemu onó be kemu eyé ko re'paní atí mapu mujé nese.*

—Tu padre y tu madre están arriba, desde ahí te cuidan.

Luego ofrece el tesgüino, del que todos los hombres, uno por uno, beben un pequeño sorbo.

Cuando el último hombre de la fila ha sido curado, el *o'wirúame* se acerca al altar. Deja la olla que contiene el tesgüino y toma nuevamente la de *wasárowa*. Se acerca con gravedad a las mujeres. Da a cada una cuatro cucharadas del remedio. Repite la unción con tesgüino y pronuncia las mismas palabras. Al terminar, regresa al altar y deposita reverentemente el recipiente del licor. La ceremonia finaliza cuando el curandero asperja con un poco de agua clara los rostros impasibles. Primero a los hombres y después a las mujeres.

El *yúmari* ha concluido. Los tarahumares se reparten el *tónari* y el tesgüino. Comen mucho y beben más, antes de emprender el regreso a sus hogares.

El *yúmari*. La ceremonia deprecatoria, el rito mediante el cual los tarahumares honran a su dios, el padre que los sembró —o creó— para que pueblen la tierra y dancen y beban tesgüino.

Fue el venado quien les enseñó el *yúmari*; así los antepasados pudieron bailar por primera vez y entonces el mundo se hizo sólido y los hombres pudieron vivir en él. Es necesario mantenerlo habitable, por lo que ellos danzan y evitan las catástrofes.

Sí, el mundo sigue en pie porque los tarahumares bailan *yúmari*. Ya lo dijo aquel anciano jefe:

Échi re'gá nejá anayáwiri ko ba... Así nos fue enseñado por nuestros antepasados. Esta es pues, nuestra costumbre. Ustedes, los blancos, no hacen así porque no entienden; pero nosotros, los tarahumares, así entendemos, así hacemos.

15 de julio de 1985

Danza (Huaahuachérare)

Fotografías tomadas de *Tarahumara*, Chrysler de México, México, 1985